

Para no dejarme herir
P. Fernando Pascual
21-11-2010

Un gesto, una palabra, puede herirnos en lo más profundo del alma.

A veces el “causante” no pretendía ni esperaba dañarnos. Simplemente su comportamiento nos afectó por motivos personales, o porque en el pasado tuvimos algún conflicto, o porque malinterpretamos al otro sin motivos válidos para ello.

Otras veces el causante buscaba, conscientemente, herirnos. Quizá por esa extraña y maliciosa sed de venganza que anida en algunos corazones, o por una envidia nunca superada, o por actitudes superficiales de quien goza a costa de la humillación ajena, o por alguna enfermedad psicológica que puede exculparle pero que no elimina el daño que produce en las víctimas.

Nos gustaría, ante el ataque ajeno, contar con “fórmulas mágicas” para que la agresión no produzca penas. O para curar pronto la herida, si ya empezamos a sufrir internamente por culpa de lo ocurrido.

Pero esas fórmulas mágicas no existen. Lo más realista es aceptar que en la vida vamos a pasar por este tipo de situaciones, unas debidas a culpas ajenas, otras surgidas por esa susceptibilidad personal que nos impide ver las cosas como son, sin distorsiones.

Haya pasado lo que haya pasado, es hermoso ponernos por encima de las circunstancias para ver las cosas en un horizonte más amplio y completo. Así podremos aceptar que somos débiles, que hay cosas y personas que nos importan a veces más de lo debido.

Otras veces sentiremos la necesidad de un paso hacia el perdón: no es posible guardar en nuestro interior rencores y rabias que, en definitiva, no arreglan nada y nos destruyen internamente. Además, ¿de verdad buscó el otro hacernos daño? ¿No será todo un malentendido? Y si hubo malicia, ¿es posible mirar al otro no sólo como agresor o verdugo, sino como un ser humano débil y frágil como yo, quizá herido por algún trauma de la infancia o vacío de amores que serenen su espíritu?

Es hermoso vencer el daño ajeno con unas gotas de perdón y de acogida. No es, ciertamente, fácil, pero resulta posible. Las palabras del Evangelio valen para esos casos: “Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados” (Lc 6,36-37).

Desde el perdón profundo del alma, no sólo empezará a curarse esa herida que por más o menos tiempo tanto me ha dañado, sino que seré capaz de ofrecer compasión y acogida a quien, queriendo o sin querer, un día hirió mi espíritu pero no por ello deja de necesitar, a su lado, manos amigas que le ayuden a encontrarse muy pronto con el Dios de las misericordias y la dulzura.